

Benítez vive a cuatro cuadras, pero llega en remis. No quiso cambiarse de barrio porque dice que él es de este lado, nació de este lado y va a morir de este lado aunque ahora tenga plata. Abre la puerta del auto, rojo y nuevito el auto, asoma una de sus piernas, luego la otra, después inclina su enorme cuerpo hacia adelante para tomar envión y despegarse del asiento; usa un traje azul oscuro y los zapatos negros más brillosos que se han visto por acá; cierra la puerta del remis con un golpe seco. Se está haciendo una casa toda de ladrillos que dicen que le va a poner hasta el techo de tejas, y dos baños además. Camina hacia donde se encuentra reunida la gente que, a medida que él se aproxima, se corre de sitio para abrirle un camino hasta la capillita. Saca de su bolsillo un pañuelo para limpiar la transpiración de su frente: un sol intenso de mediodía se derrama sobre la calle de tierra. La capillita es también de ladrillos, con forma de chalet diminuto, con techo de tejas; la levantaron en el mismo lugar en que se desmoronó la pila de chatarra sobre el pobre Rodríguez, adelante y a un costado de la pieza de los dos Rodríguez que ahora juntan la chatarra del otro costado del terreno, para el lado de la canchita, porque no se puede tener toda esa mugre ahí, así les dijo un día doña Serena, la mugre no va con los santos. En la capilla hay una estatua de San Martín de Porres que María, la peruana, hizo traer del Perú, aunque algunos dicen que es el San Antonio que robaron hace unos meses de la iglesia del barrio 25 de mayo y que el Chuni -que tiene una beca para la Polivalente de Arte- lo pintó con los colores de la estampita que la María le llevó a doña Serena. Al lado de la estatua de San Martín de Porres, hay un cuadro con la foto de la Marisa, las zapatillas del primer milagro, esas de *Air*, y un pedazo de fierro con unas pintas de sangre que ya ni se notan, para que nadie se olvide del milagro nuevo de la chatarrería. Algunos querían poner también en un frasquito el dedo que la chatarra le cortó al Nato Rodríguez, pero otros después decían que no, que se iban a impresionar los turistas, porque parece que si la paran un poco con los afanos los de Turismo dicen que van a poner un tur para que le vengán a rezar a la Marisa... A la Marisa la sientan todas las tardes en la silla que le hizo Benítez, toda adornada con cintas y flores y le ponen unos zapatos blancos como de novia; ahora parece que el día del cumpleaños van a hacerle procesión y todo. Al Rodríguez del accidente, que no quedó del todo bien, lo sientan ahí cerca, algunas veces, para que cuente el milagro y cómo la vio aparecer a la Marisa toda de luz, cuando estaba ahí abajo, atrapado en lo oscuro de esos fierros. Hay otras cosas que pasan además, un despertador -de esos antiguos- que suena en la casa de la Marisa, todos los días, a las doce del mediodía y a las doce de la noche, aunque nadie le dé cuerda y lo ponga en hora. También dicen que a la Marisa le aparecen, abajo de la almohada, unos dibujos de pájaros, y que ella se levanta por la noche, cuando nadie la ve, los pone en el piso de tierra del patio, los sopla y los pájaros salen volando. La Herminia cuenta que la vio, que vive en frente, pero algunos opinan que la Herminia está medio loca. Hace unos días vino una señora, del otro lado de la ruta, que tiene el padre viejito y lo atropelló un remis cuando cruzaba la calle, y estaba en terapia el señor; ella lloraba, la Marisa la tocó y le dijo algo que nadie pudo entender y justo la Nadia no estaba... Después volvió la mujer, que el papá había muerto sereno y con una sonrisa contó, y trajo el bastón para la capilla. El Jirafa y el Benchu dicen que ellos ni locos pasan por la calle Machado, que a la noche un viejo con bastón y sombrero negro empieza a cruzar la calle y no termina de cruzarla hasta que sale el sol. Yo no les creo una mierda a esos dos, pero algunos aseguran que es verdad. Ahora, ya se termina la inauguración de la capilla, que vino el cura a bendecirla después de tanto pelear porque no quería que le pongan la foto de la Marisa con las zapatillas y el frasquito con el dedo del Nato al lado del santo, así que el frasquito no, pero la foto y las zapatillas sí. Lo mira al San Martín de Porres el cura, lo mira mucho, pero ya Benítez se lo lleva del brazo, con doña Serena, para la canchita, que están haciendo asado para todo el mundo; lo paga Benítez al asado, y al vino, dice que hay que agradecer cuando a uno le va bien y que él le agradece así a la Marisa que fue la que le hizo el milagro con aquel billete de la lotería para que él ahora tenga plata. A la Marisa la levantan en andas sobre la silla que parece un trono, pero entonces empieza a gritar y a hacer señas y la tienen que bajar, y la Nadia, que viene corriendo, dice que quiere que le pongan las zapatillas del milagro, así que la Nadia -que es la única que la puede tocar- le saca los zapatos de novia y le pone las zapatillas y la Marisa sonríe como una virgen; la levantan, entonces, y la llevan en andas hasta la canchita y al Nato Rodríguez también lo llevan, que todavía le cuesta un poco caminar. La Marisa va todo el tiempo dando vuelta la cabeza para la calle de entrada, que parece como que espera que pase algo. O que alguien venga.